

ACACIA EN ALDEANCABO

En «El Paralelo de Rojas» (1) decíamos de «La Malquerida», obra pensada y gestada, dialogada y escrita en los campos toledanos y en ellos y en su peculiar forma dialéctica expresada, que cabría con mucho tiempo y mucho espacio escribir un estudio, un libro, acerca del por qué la obra base de algunos escritores tiene que estar localizada en estos parajes secos, duros y quemados. Y pensábamos que toda la emoción trágica de la literatura «teatral» no podía ser de otra forma emplazada si no era sobre estos telúricos escenarios de sol blanco y campos amarillos.

Decíamos entonces, «puede ser que ayude a ello lo rotundo y fuerte de su campo, sus habitantes, sus pasiones... puede ser todo. Las tremendas pasiones quemadas por un sol de desierto cayendo sobre unas criaturas por mitad árabes y por mitad judías».

Todo ayuda. Pero lo que más puede es el tacto del autor, si es que éste verdaderamente lo es. Tacto para encontrar, para localizar un lugar que a semejanza de sus personajes concuerde con ellos. Que se «vea» y se «sienta», que la psicología de sus criaturas está influida por las condiciones de su inmediata naturaleza, y que la naturaleza al mismo tiempo veamos que necesariamente los tenía que hacer a ellos así.

El éxito de un autor no radica en el hallazgo de un tema original. La originalidad del asunto es difícilísima de hallar. Parece ser que todo esto dicho y descubierto, que no hay más posibilidades y que éstas se reducen, según dicen, a ochenta y seis situaciones o combinaciones dramáticas y argumentales.

Ni Benavente en «La Malquerida», ni J. Calvo Sotelo en «La Muralla» (2), por referirme a un éxito reciente, nos descubren nada nuevo en cuanto al problema que plantean sus humanas criaturas. Nos dan prueba, eso sí, de su bien hacer, al mover a sus personajes en el momento preciso, en la época

justa y todo ello coincidente al medio donde se desarrolla la acción.

Los labradores de «La Malquerida» ni serían así, ni así se expresarían situados en un país nórdico. Si Benavente no hubiese acertado, y disloca acción y dicción, «La Malquerida» no sería a estas horas esa obra base, de caracteres recios y prototípicos de Castilla, ni nos daría diaria lección de vigiencia.

Es hora de que vayamos comprendiendo de que nadie copia exactamente de nadie. Si se triunfa, aparecen sistemáticamente los lívidos e intelectuales críticos de café y asfalto, vociferando como Gómez Carrillo si «La comida de las fieras» es un plagio benaventino de una comedia titulada «Le repas du lion», del autor francés François Curiel, o si «La Malquerida» es un asunto que el autor catalán Adrián Gual trató ya en su obra «Misterio de dolor». Adrián Gual desmintió pública y categóricamente que «La Malquerida» fuese un plagio.

Por el contrario, ahora el denunciante de tal analogía, el francés Maurice Clavel, tuvo la osadía de «hacer» a su modo «una malquerida» francesa con el título de «Balmaseda» y que fué estrenada en París sin hacer mención de dónde provenía la idea más inmediata. Alegó en su autodefensa «que puesto en contacto con Benavente, éste exigió el 40 por 100, y el 10 por 100 para el traductor; en vista de tales exigencias —continúa diciendo Clavel—, prescindí de ambos». Desde luego esto es para nosotros lo único auténticamente nuevo del pretendido autor francés, es decir, la ruindad económica que une a su escasez imaginativa (3).

En toda situación dramática el asunto le debemos dar por conocido. Desde que el mundo es mundo, las pasiones elementales suelen ser las mismas en todos sitios y en todas las épocas.

La situación dramática de «La Malquerida» es corrientísima y vulgar. Incluso dentro de la producción bena-

ventina es una pieza relativamente suave.

Téngase en cuenta que entre Acacia y Esteban no hay ninguna afinidad cosanguínea. Se plantea más que otra cosa un problema de ética moral.

El respeto de una hija, que debía haber visto como intocable y aun menos como deseable, lo que ya por vínculo sagrado era de auténtico dominio materno. Y lo mismo podría reprochársele a él, Esteban el padrastro.

Pero las pasiones se desatan, la carne se rebela y se consume seca y ardiente ante las circunstancias de proximidad y contacto. La tragedia se hace irremediable.

Benavente mismo en otra obra suya, «La Infanzona», lleva efectivamente al último extremo y sin paliativos de ninguna clase, un caso de incesto consumado. En «La Malquerida» realmente no pasa nada en este sentido.

En «La Malquerida» hay precisamente aquello que necesita una obra para permanecer siempre fresca y viva. Hay humanidad y pasiones humanas. Una humanidad que se mueve, habla, acciona y siente como realmente lo hacen los campesinos de la llanura toledana.

Una tierra que se extiende kilómetros y kilómetros sin la sombra de un árbol. Sin una verdura donde refrescar la cabeza.

Tierra de Rielves, Torrijos y Val de Santo Domingo. Tierra hollada por el godo, por el romano, por el árabe y por judíos y cristianos.

Seres, por tanto, los de estas tierras, vacilantes, contradictorios, ariscos o dulcemente amodorrados de sensualidad.

Tierras de castillos, Maqueda, Barcience, Escalona, pletóricos de historia e historia las más de las veces, mezcla de sangre y amor.

Cálidos alientos y sudores de serrallo, imposiciones, venganzas y derechos de señor feudal, retraimientos y resignaciones, que llegado el momento afloran violentamente o con dulzura, cruelmente o con voluptuosidad.

Tierras del decapitado Núñez del Prado, víctima impuesta por una amante del rey, tierras de los Laras y los Cárdenas... y al fondo las sierras pétreas y grises de Layos y Gredos.

Gredos con el berrocal de Nombela, donde en un principio pensó construir

(1) Artículo publicado en el núm. 42 de la Revista «Ayer y Hoy». Julio-Agosto 1954.

(2) Los antecedentes de «La Muralla» se pueden encontrar fácilmente: 1.º En un cuento vasco titulado «Querida por aclamación». 2.º En «O locura o santidad», de Echegaray. 3.º «La Garra», de Linares Rivas. 4.º «Un caso de conciencia», de Francisco Fernández Villegas, «Zeda», publicado en 1897 en «La Ilustración Española y Americana».

(3) Mauricio Clavel hizo esta original «autodefensa» de él, y de su «Balmaseda», a raíz de las representaciones que con motivo del Certamen Internacional del Teatro de París, dió la Compañía del Teatro Nacional María Guerrero, con arreglo al siguiente reparto: Raimunda, Tina Gascó; Esteban, Enrique A. Diosdado; Acacia, Amparo Rivelles; Juliana, Aurora Redondo; tío Eusebio, R. Bardem.